

deliberaba y manifestaba repugnancia á dejarse arrastrar por el movimiento.

Mr. de Polignac se dirigió á Saint-Cloud, é hizo firmar al rey á las cinco de la mañana del 28 una ordenanza declarando á París en estado de sitio.

JORNADA MILITAR DEL 28 DE JULIO.

El 28 se volvieron á formar grupos mas numerosos, y, al grito de *viva la Carta!* que resonaba aun, se mezclaban ya los gritos de *viva la libertad!* *¡abajo los Borbones!* También se gritaba *viva el emperador!* *viva el príncipe negro!* Misterioso príncipe de las tinieblas, que se aparece á la imaginación popular en todas las revoluciones. Los recuerdos y las pasiones se habían apoderado de la muchedumbre, y se derribaban y se quemaban las armas de Francia ó se las colgaba de los hierros de los reverberos rotos, se arrancaban las placas floridas de los conductores de diligencias y de los carteros; los notarios y los ugières retiraban sus muestras, los carruajeros sus estampillas, los proveedores de la corte sus escudos. Los que en otro tiempo habían cubierto las águilas napoleónicas, pintadas al óleo, con las lises borbónicas al temple, de cola, no tuvieron necesidad mas que de pasar una esponja para demostrar su lealtad: con un poco de agua se borran hoy el reconocimiento y los imperios.

El mariscal de Ragusa escribió al rey que era urgente tomar medidas de pacificación, y que al día siguiente, 29, sería demasiado tarde. Un emisario del prefecto de policía había venido á preguntar al mariscal si era verdad que París se hallaba declarado en estado de sitio: el mariscal, que no sabia nada de esto, se quedó admirado, y se dirigió apresuradamente á casa del presidente del consejo, donde halló á los ministros reunidos, y Mr. de Polignac le entregó la ordenanza del rey. Porque el hombre que había abatido el mundo á sus piés puso á ciudades y provincias enteras en estado de sitio, Carlos X creyó poder imitarle. Los ministros declararon al mariscal que iban á establecerse en el estado mayor de la guardia.

No habiendo llegado ninguna orden de Saint-Cloud, á las nueve de la mañana del 28, cuando ya no era tiempo de conservar, sino de recobrarlo todo, el mariscal hizo salir de los cuarteles las tropas, que en parte se habían ostentado ya el día antes. No se había tomado ninguna precaución para hacer llegar víveres al cuartel general del Carrousel. Algunos había en el barrio; pero se descuidó hacerlos conservar, y fueron arrebatados por los insurrectos. El duque de Ragusa, hombre de talento y de mérito, soldado valiente, sabio, pero general desgraciado, probó por la milésima vez que un genio militar no basta para contener las revueltas civiles. Cualquiera oficial de policía habría sabido mejor que el mariscal lo que debía hacer al intento. Quizá también sus recuerdos paralizaron su inteligencia, y quedó como ahogado bajo el peso de la fatalidad de su nombre.

El mariscal, que no podía disponer mas que de un puñado de bombres, concibió un plan, para cuya ejecución habría necesitado treinta mil soldados. Mandó establecer columnas muy distantes entre sí, mientras que otra se apoderaba del Hôtel de Ville. Las tropas, despues de haber terminado su movimiento haciendo restablecer el orden en todas partes, debían converger hácia la casa municipal. El Carrousel continuaba siendo el cuartel general, de donde salían las órdenes y á donde debían dirigirse todos los partes. Un batallón de suizos, situado en el mercado de los Inocentes, estaba encargado de mantener la comunicación entre las fuerzas del centro y las que circulaban en la circunferencia. Los soldados del cuartel Popincourt estaban dispuestos en diferentes destacamentos para

acudir á los puntos en que fuesen necesarios. El general Latour-Maubourg estaba situado en los Inválidos. Cuando vió el negocio comprometido, propuso recibir los regimientos en el edificio de Luis XIV, donde aseguraba que podía mantenerlos y desafiar á los parisienses á que penetrasen en él. Este valiente y experto general no había dejado impunemente sus miembros sobre los campos de batalla del imperio, y los reductos de Borodino sabían que cumplía sus palabras. Pero ¿qué importaba la experiencia y el valor de un soldado mutilado? Sus consejos no fueron escuchados.

La primera columna de la guardia, bajo el mando del conde de Saint-Chamans, partió de la Magdalena para recorrer los *bulevares* hasta la Bastilla. A los primeros pasos fue atacado un peloton que mandaba monsieur Sala: el oficial rechazó pronto y fuertemente el ataque. A medida que se avanzaba, los puestos de comunicación establecidos en el tránsito eran cortados por el pueblo y separados los unos de los otros por barricadas ó por árboles echados á tierra. En las puertas de Saint-Denis y de Saint-Martin hubo un encuentro sangriento. Al pasar Mr. de Saint-Chamans por el teatro de las hazañas futuras de Fieschi, encontró junto á la plaza de la Bastilla grupos numerosos de mujeres y hombres. Les invitó á dispersarse, distribuyéndoles algun dinero; pero no cesaron de disparar sobre la columna de las casas circunvecinas. Se vió, pues, obligado á renunciar á volver al Hôtel-de-Ville por la calle de San Antonio, y despues de haber atravesado el puente de Austerlitz, ganó el Carrousel por los *bulevares* del Sud. Turena ante la Bastilla, no demolida aun, fue mas feliz en favor de la madre de Luis XIV, niño.

La columna encargada de ocupar el Hôtel-de-Ville siguió los malecones de las Tullerías, del Louvre y de la Escuela; atravesó la mitad del puente Nuevo; tomó el muelle del Reloj, el Mercado de las Flores, y se dirigió á la plaza de Greve por el puente de Nuestra Señora. Dos pelotones de la guardia hicieron una diversion desfilando hasta el nuevo puente colgante. Un batallón del 15 ligero apoyaba á la guardia y debía dejar dos pelotones sobre el Mercado de las Flores.

Al paso del Sena, en el puente de Nuestra Señora, se llegó á las manos con la fuerza insurrecta. El pueblo, con un tambor á la cabeza, se acercó audazmente á la guardia. El oficial que mandaba la artillería real hizo observar á la masa popular que se exponía inútilmente, y que no teniendo ella cañones, sería ametrallada sin ninguna probabilidad de éxito. La plebe se obstinó, y la artillería hizo fuego. Los soldados inundaron los muelles y la plaza de Greve, donde desembocaron por el puente de Arcole otros dos pelotones de la guardia, que se habían visto obligados á forzar á algunos grupos de estudiantes del arrabal Saint-Jacques. El Hôtel-de-Ville fue ocupado por las tropas.

A la entrada de la calle del Mouton se había levantado una barricada; una brigada de suizos la tomó, y agolpándose el pueblo por las calles adyacentes, la recobró con grandes gritos. La barricada quedó finalmente por la guardia.

En todos estos cuarteles pobres y numerosos se combatió de repente y sin preparativo alguno: el aturdimiento francés, burlon, indiferente, intrépido, se había apoderado de todo. La gloria tiene para nuestra nación la ligereza del vino de Champagne. Las mujeres, desde las ventanas, animaban á los hombres en las calles; algunos billetes prometían el baston de mariscal al primer coronel que se pasase al pueblo, y los grupos mareaban al son del violín. Escenas trágicas y bufas, espectáculos de titiriteros y de triunfo, en que se oían carcajadas y juramentos en medio de los tiros, del sordo rumor de la multitud, y al través de nubes de espeso humo. Carreteros im-

provisados, con los piés descalzos, con gorras de cuartel en la cabeza, conducían, con un salvo-conducto de gefes desconocidos, convoyes de heridos por entre los combatientes, quienes se separaban para dejarles paso.

En los barrios ricos reinaba otro espíritu. Los guardias nacionales, habiendo recobrado los uniformes de que se les había despojado, se reunían en gran número en la alcaldía del primer distrito para conservar el orden. En los combates la guardia sufría mas que el pueblo, porque se hallaba expuesta al fuego de enemigos invisibles, encerrados en las casas. No será yo quien nombre á los valientes de salon, que, reconociendo á los oficiales de la guardia, se entretenían en apuntarles y derribarlos á tierra á tiros, seguros detrás de una ventana ó de una chimenea. En la calle, la animosidad no iba mas allá de la lucha; los heridos eran socorridos por una parte y otra. El pueblo salvó muchas víctimas. Dos oficiales, Mr. de Goyon y monsieur de Rivaux, despues de una defensa heroica, debieron la vida á la generosidad de los vencedores. Un capitán de la guardia, Kaumann, recibe un golpe de lanza en la cabeza, y aunque aturrido, con los ojos sangrientos, levanta con su espada la punta de los fusiles de sus soldados, que apuntaban al obrero autor del desman.

En la guardia había muchos granaderos de Bonaparte. Muchos oficiales perdieron la vida en la refriega: entre otros el teniente Noiroi, que en 1814 había recibido de manos del príncipe Eugenio la cruz de la legión de honor, por un hecho de armas ejecutado en uno de los reductos de Caldiera. El coronel de Pleinselve, herido mortalmente en la puerta de San Martin, se había hallado durante las guerras del imperio en Holanda, en España, en el gran ejército y en la guardia imperial. En la batalla de Leipsick hizo prisionero por su propia mano al general austriaco Merfeld. Llevado por sus soldados al hospital del Gros-Gaillou, no quiso que se le curase hasta despues del último de los heridos de julio. El doctor Laney, que le había encontrado sobre otros campos de batalla, le hizo la amputación; pero era demasiado tarde para salvarle. ¡Afortunados los nobles adversarios que habían visto pasar tantas balas sobre su cabeza, que no sucumbieron por la bala de algunos de los presidiarios libertados, que la justicia halló despues de la victoria en las filas de los vencedores! Estos presidiarios no han podido denigrar el triunfo nacional republicano; no han sido perjudiciales mas que al reinado de Luis Felipe. Asi perecieron oscuramente en las calles de París los restos de esos soldados famosos que respetó el cañon de la Moskowa, de Lutren y de Leipsick. Bajo Carlos X matamos en una refriega civil á los valientes que, bajo Napoleon, habíamos admirado en tantos campos de batalla. No faltaba mas que un hombre: este hombre había desaparecido en Santa Elena.

Al anochecer, un sargento disfrazado trajo á las tropas del Hôtel de Ville la orden de replegarse sobre las Tullerías. La retirada era peligrosa, por causa de los heridos, que no se quería abandonar, y de la artillería, que difícilmente podría atravesar las barricadas. Sin embargo, se ejecutó sin accidente alguno. Cuando las tropas de los diferentes cuarteles de París llegaron al palacio, creían que el rey y el delfín habrían llegado también á él por su parte; pero al ver que no ondeaba la bandera blanca sobre el pabellon del Reloj, dejaron oír el lenguaje enérgico de los campamentos.

No es cierto, como se ha dicho, que el Hôtel de Ville fuera tomado por la guardia contra el pueblo, ni recobrado por el pueblo contra la guardia. Cuando la guardia penetró en él no halló resistencia alguna, porque no había allí nadie, y hasta el prefecto mismo había partido. Semejantes jactancias, debilitan y hacen poner en duda la verdad de peligros reales. La

guardia fue mal empuñada en calles tortuosas; la línea, por su casi neutralidad primero, y por su defección en seguida, acabó de completar el mal que disposiciones muy bellas en teoría, pero inejecutables en la práctica, habían comenzado. El 50 de línea había llegado al Hôtel de Ville durante el combate; rendido de fatiga, se le hizo retirar al interior del Hôtel, é inútilmente prestó á sus camaradas, sin municiones, sus paquetes enteros de cartuchos.

El batallón suizo que había quedado estacionado en el mercado de los Inocentes se reunió á otro batallón suizo, y ambos vinieron á desembocar al muelle de la Escuela y á estacionarse en el Louvre.

Por lo demás, las barricadas son atrincheramientos peculiares al genio parisiense; las ha habido en todas nuestras revueltas civiles desde Carlos V hasta nuestros dias.

«Viendo el pueblo dispuestas estas fuerzas por las calles, dice Estoile, empezó á conmovirse, y se formaron *barricadas* de la manera que todos saben: muchos suizos fueron muertos y enterrados en una fosa de Nuestra Señora. Al pasar por las calles el duque de Guisa, se le gritaba en voz muy alta: *viva Guisa!* y él, bajando su sombrero, les dijo:—*Amigos míos, basta; señores, es demasiado; gritad viva el rey!*»

¿Por qué nuestras últimas barricadas, cuyo resultado ha sido tan poderoso, ganan tan poco en ser contadas, mientras que es tan interesante la lectura de las barricadas de 1888, que tan poco éxito tuvieron? Esto consiste en la diferencia de los siglos y de los personajes. El siglo xvi lo llevaba todo delante de sí; el siglo xix lo ha dejado todo detrás. Mr. de Puyraveau no es tampoco el Acuchillado.

JORNADA CIVIL DEL 28 DE JULIO.

Interin estos combates, la revolucion civil y política seguía paralelamente á la revolucion militar. Los soldados detenidos en la Abadía fueron puestos en libertad; los encerrados por deudas en Santa PeLAGIA se escaparon, y á los condenados por faltas políticas se les echó á la calle. Una revolucion es un jubileo: ella absuelve todos los crímenes, permitiéndose los mayores.

Los ministros celebraron consejo en el estado mayor. En él resolvieron hacer arrestar, como gefes del movimiento, á MM. Laffitte, Laffayette, Gerard, Marchais, Salverte, y Andry de Puiraveau. El mariscal dió las órdenes para verificar su arresto; pero cuando mas tarde se le presentaron en representación del pueblo, no creyó que le permitía su honor ejecutar dicha orden.

En casa de Mr. Guizot se había celebrado una reunion del partido monárquico, compuesta de pares y de diputados; el duque de Broglie asistió á ella, así como MM. Thiers y Mignet, que habían parecido, y Mr. Carrel, aunque estos últimos profesaban otras ideas. Allí fue donde el partido de la usurpacion pronunció por primera vez el nombre del duque de Orleans. MM. Thiers y Mignet fueron á casa del general Sebastiani á hablarle del príncipe. El general respondió de una manera evasiva, asegurando que el duque de Orleans no le había hablado jamás de semejantes designios ni autorizádole para nada.

Hacia el medio día del mismo 28 se celebró en casa de Mr. Andry de Puiraveau la reunion general de diputados. Mr. de La-Fayette, gefe del partido republicano, había vuelto á París el 27. Mr. Laffitte, gefe del partido orleanista, no llegó hasta la noche del 27 al 28. Inmediatamente despues de su llegada se dirigió al palacio real, donde no halló á nadie; envió un

recado á Neuilly, y tampoco estaba allí el rey en embrion.

En casa de Mr. de Puiraveau se discutió el proyecto de una protesta contra las ordenanzas. Esta protesta, mas que moderada, dejaba intactas las grandes cuestiones.

Mr. Casimiro Perier fue de parecer de enviar una comision al duque de Ragusa, y mientras que los cinco diputados nombrados para desempeñarla se disponian á partir, Mr. Arago se hallaba en casa del mariscal, pues en vista de un billete de Mad. de Boignes se habia decidido á adelantarse á los comisionados. Arago hizo presente al mariscal la necesidad de poner un término á las desgracias de la capital. Mr. de Ragusa fue á tomar instrucciones á casa de Mr. de Polignac, quien, sabedor de la vacilacion de las tropas, declaró que si se pasaban al pueblo, se les haria fuego como á los insurrectos. El general Tromelin, testigo de estas conferencias, se manifestó furioso contra el general Ambrugeac. En esto llegó la diputacion. Mr. Lafitte tomó la palabra: «Venimos á pedir, dijo, que hagais cesar la efusion de sangre. Si el combate se prolongase, no solo produciria las mas crueles calamidades, sino una verdadera revolucion. El mariscal se aferró á una cuestion de honor militar, pretendiendo que el pueblo debía ser el primero que dejase de hacer fuego; sin embargo, añadió este *post-scriptum* á una carta que escribió al rey. «Creo que es urgente que V. M. se aproveche sin vacilar de las proposiciones que se le hacen.»

Esta carta fue entregada al rey en su gabinete de Saint-Cloud por el coronel Konierowski, ayudante de campo del duque de Ragusa, y el rey le dijo: «Ya la leeré.» El coronel se retiró, y esperó las órdenes del rey; mas viendo que tardaban, rogó al duque de Duras que fuese á pedirselas á S. M. El duque respondió que las leyes de la etiqueta le prohibian entrar en el gabinete. Llamado al fin por el rey Mr. Konierowski, recibió encargo de prevenir al general se *mantuviese firme*.

El general Vincent corrió por su parte á Saint-Cloud, y habiendo forzado la puerta que se negaban á abrirle, dijo al rey que todo estaba perdido: «Querido general, respondió Carlos X: sois un buen militar; pero no entendeis nada de esta clase de asuntos.»

#### JORNADA MILITAR DEL 29 DE JULIO

El 29 vió aumentarse el número de combatientes. Los discípulos de la escuela politécnica en correspondencia con uno de sus antiguos camaradas, monsieur Charras, forzaron la consigna y enviaron á cuatro de ellos, MM. Lathon, Berthelin, Pinsonnière y Tourneur, á ofrecer sus servicios á MM. Lafitte, Perier y Lafayette. Estos jóvenes, distinguidos por sus estudios, se habian dado ya á conocer á los aliados cuando en 1814 se presentaron delante de París. Durante los tres dias se hicieron gefes del pueblo, quien los puso á su cabeza lo mas naturalmente del mundo. Los unos se dirigieron entonces á la plaza del Odeon, los otros al palacio real y á las Tullerías.

La orden del dia publicada por la mañana ofendió á la guardia; en ella se anunciaba que el rey, queriendo manifestar su satisfaccion á sus valientes servidores, les concedia mes y medio de paga; anuncio cuya inconveniencia resistió al soldado francés, porque equivalia á equipararlos con los ingleses, que no marchan al combate, ó se insurreccionan, si no han percibido su paga.

En la noche del 28 al 29 el pueblo desempedró las calles, y al amanecer habia en París cuatro mil barricadas levantadas de veinte en veinte pasos.

El palacio Borbon estaba guardado por tropa de

línea; el Louvre por dos batallones suizos; la calle de la Paz, la plaza Vendome y la calle Castiglioni por el 5.º y el 53 de línea. De Saint-Denis, de Versailles y de Reuil habian llegado unos mil doscientos infantes, poco mas ó menos.

La posicion militar era mejor que el dia antes: las tropas se hallaban mas concentradas, y era necesario atravesar grandes espacios descubiertos para llegar hasta ellas. El general Excelmans, que juzgó bien estas disposiciones, vino á las once á poner su valor y su experiencia á las órdenes del mariscal de Ragusa, mientras que el general Pajol, por su parte, se presentaba á los diputados para tomar el mando de la guardia nacional.

Los ministros tuvieron la idea de llamar á la corte á las Tullerías. ¡Tan mal comprendian las circunstancias! El mariscal instaba al presidente del consejo para que retirase las ordenanzas. Durante esta conferencia preguntan por Mr. de Polignac; sale de la habitacion, y vuelve á entrar en ella con Mr. Berthier, hijo de la primera víctima sacrificada en 1789. Este habia recorrido á París, y afirmó que todo iba muy bien para la causa real. Estas razas, que tienen derecho á la venganza, arrojadas al sepulcro en nuestras primeras turbulencias, y evocadas por nuestras últimas desgracias, son una fatalidad. Tales desgracias no eran novedades; París estaba acostumbrado desde 1793 á ver pasar los sucesos y los reyes.

Mientras que, segun los informes de los realistas, todo marchaba tan bien, se anuncia la defeccion del 5.º y del 53 de línea, que fraternizaban con el pueblo.

El duque de Ragusa hizo proponer una suspension de hostilidades; en algunos puntos tuvo lugar, en efecto; pero en otros no fue ejecutada. El mariscal habia mandado llamar á uno de los dos batallones suizos estacionados en el Louvre, y se le envió el que guardaba la columnata. Viéndola desierta, los parisienses se aproximaron á los muros, y entraron por las puertas falsas que conducen del jardin de la Infanta al interior; se apoderaron de las ventanas, é hicieron fuego sobre el otro batallon situado en el patio. Bajo la impresion del terror que les causara el recuerdo del 10 de agosto, se lanzaron fuera del palacio, y fueron á reunirse con su tercer batallon, que se hallaba frente á los puestos del pueblo en que se observaba la suspension de hostilidades. El pueblo, que, desde el Louvre, se habia hecho dueño de la galería del Museo, comenzó á hacer fuego, en medio de las obras maestras de las artes, contra los lanceros alineados en el Carrousel. Excitados por este ejemplo los puestos de los insurrectos, rompieron el armisticio. Precipitándose bajo el Arco de Triunfo, los suizos impelen á los lanceros hácia el pórtico del pabellon del Reloj, y desembocan en tropel en el jardin de las Tullerías. El joven Tarci fue herido mortalmente en esta calaverada; su nombre se halla inscrito al lado del café donde cayó exánime. Hoy existe una fábrica de azúcar de remolacha en las Termópilas. Los suizos tuvieron tres ó cuatro heridos y muertos, y este corto número se ha convertido en una horrorosa carnicería.

El pueblo entró en las Tullerías con MM. Thomas, Bastide y Guinard por el postigo del Puente Real. Sobre el pabellon del Reloj se enarboló una bandera tricolor, como en tiempo de Bonaparte, aparentemente en memoria de la libertad. Los muebles fueron destrozados; los cuadros rotos á sablazos; en los armarios se halló el diario de las cazas del rey y de los buenos tiros disparados contra las perdices: antigua costumbre de los monarcas de las monarquías. En el gran salon se colocó un cadáver sobre el trono vacío: esto seria terrible si los franceses no representasen hoy continuamente el drama. El museo de artillería en Santo Tomás de Aquino fue saqueado, y las corrientes del rio arrastraron los siglos

con el casco de Godofredo de Bouillon y la lanza de Francisco I.

El duque de Ragusa abandonó entonces el cuartel general, dejando en el ciento veinte mil francos en talegas. Salió por la calle de Rivole, y volvió á entrar en el jardin de las Tullerías. También dió orden á las tropas para que se retirasen, primero á los Campos-Eliseos, avanzando despues hasta el arco de la Estrella. Se creyó generalmente que la paz estaba ajustada y que llegaba el delfin; se vió á algunos carruajes y furgones de las caballerizas reales atravesar la plaza de Luis XV: eran los ministros que se marchaban despues de sus buenas obras.

Al llegar á la Estrella, Marmont recibió una carta: en ella se le anunciaba que el rey habia confiado al delfin el mando en jefe de las tropas, y que él, mariscal de los ejércitos franceses, serviria bajo sus órdenes.

Una compañía del 3.º de la guardia habia quedado olvidada en la casa de un sombrerero de la calle de Rohan; despues de una larga y tenaz resistencia, la casa fue tomada. El capitán Meuriel, herido de tres tiros, saltó desde la ventana de un tercer piso, cayó encima de un tejado interior; y fue trasladado al hospital de Gros Gaillon: ha sobrevivido á esta catástrofe. El cuartel de Babilonia, asaltado á eso del medio dia por tres discípulos de la escuela politécnica, Vanneau, Lacroix y d'Ouvrier, solo se hallaba guardado por un centenar, próximamente, de reclutas suizos, mandados por el mayor Dufay, de origen francés; habia treinta años que este valiente militar servia en Francia, y habia sido actor en los altos hechos de la república y del imperio. Intimidado á que se rindiese, rehusó toda condicion, y se encerró en el cuartel. El joven Vanneau pereció en su ataque. Los zapadores bomberos prenden fuego á la puerta del cuartel; esta se hunde, y en el mismo instante sale por aquella boca inflamada el mayor Dufay, seguido de sus montañeses con la bayoneta calada. Herido de un tiro por un tabernero vecino, cayó al suelo, y su muerte protegió á sus reclutas, que en medio de la confusion general lograron reunirse á los diferentes cuerpos á que pertenecian.

JORNADA CIVIL DEL 29 DE JUNIO.—MR. BANDE.—MR. DE CHOISEUL, MR. DE SEMONVILLE, MR. DE VITROLLES, MR. DE LAFFITTE Y MR. THIERS.

Mr. el duque de Mortemart habia llegado á Saint-Cloud el miércoles 18 á las diez de la noche, para desempeñar su servicio como capitán de cien suizos; pero hasta el dia siguiente no pudo hablar al rey. A las once de la mañana del 29 hizo algunas tentativas para que el rey retirase las ordenanzas, á las que este respondió: «Yo no quiero subir en carreta como mi hermano; no quiero, por tanto, retroceder ni un paso.» Algunos minutos despues debia retroceder toda la extension de un reino.

Los ministros habian llegado tambien. MM. de Semonville, de Argout y Vitrolles se hallaban allí. Mr. de Semonville cuenta que tuvo una larga conferencia con el rey, y que no consiguió *alterar su resolucion sino despues de haber tocado á su corazon, hablándole de los peligros de la delfina*. El le dijo: «Mañana á medio dia no habrá ya ni rey, ni delfin, ni duque de Burdeos.» Y el rey le respondió: «Dadme una hora de término para pensarlo.» Yo no creo ni una palabra de todo esto. La charlatanería es nuestro principal defecto: interrogad á un francés, y confiad en sus palabras; no habrá nada que no haya hecho ó que no sea capaz de hacer. Los ministros entraron en el cuarto del rey, despues de Mr. de Semonville; las ordenanzas fueron retiradas, el ministerio disuelto, y Mr. de Mortemart nombrado presidente del nuevo gabinete.

En la capital el partido republicano habia al fin descubierto un asilo. Mr. Baude (el de la querrela en la redaccion de *El Tiempo*) habia corrido las calles y hallado el Hôtel de Ville ocupado solo por dos hombres, Mr. Dubourg y Mr. Zimmer. En el momento que observó esto dijo que era el comisionado de un *gobierno provisional* que iba á ir á instalarse allí. Hizo llamar á los empleados de la prefectura, y les ordenó trabajos como si estuviese presente Mr. Chabrol. En los gobiernos convertidos en máquinas, las pesas se suben muy pronto: todos corren á ocupar los puestos abandonados; quién se hace secretario general, quién jefe de division, quién se confiere á sí mismo la contabilidad, quién se nombra para el personal y distribuye los cargos entre sus amigos. En esta ocasion hubo quien se hizo traer la cama al Hôtel de Ville, á fin de no desamparar su puesto, y de estar en aptitud de saltar al que quedase vacante. Mr. Dubourg, llamado el general, y Mr. Zimmer, eran considerados como los gefes de la parte *militar del gobierno provisional*. Mr. Baude, representante *civil* de este gobierno desconocido, adoptó algunas disposiciones, y publicó proclamas. Entre tanto se habian publicado y fijado otras disposiciones por el partido republicano, creando otro gobierno, compuesto de MM. de Lafayette, Gerar y Choiseul. No se concibe la asociacion de este último nombre con los otros; tambien Mr. de Choiseul ha protestado contra ella. Este viejo liberal, que, por parecer vivo, se mantenía tieso como un muerto, emigrado y náufrago en Calais, al volver á Francia no halló otro hogar que un palco en el teatro de la Opera.

A las tres de la tarde se renueva y aumenta la confusion. Una orden del dia convocó al Hôtel de Ville á los diputados reunidos en París, para acordar las medidas que debian tomarse. Los alcaldes debian permanecer en sus distritos; pero enviando uno de sus tenientes al Hôtel de Ville, á fin de formar parte de una *comision consultiva*. Esta orden del dia se hallaba firmada así: *J. Baude, por el gobierno provisional, y el coronel Zimmer, por orden del general Dubourg*. Semejante audacia de tres personas que hablan en nombre de un gobierno que no existia mas que fijado por ellos en las esquinas, prueba la rara inteligencia de los franceses cuando se hallan en revolucion: tales hombres han nacido evidentemente para dirigir á los demás pueblos. ¡Qué desgracia que al librarnos Bonaparte de la anarquía nos arrebatase tambien la libertad!

Los diputados se habian reunido en casa de monsieur Lafitte. Mr. de Lafayette, creyéndose vuelto al año de 1789, declaró que volvia á tomar tambien el mando de la guardia nacional. Se le aplaudió, y en seguida se dirigió al Hôtel de Ville. Los diputados nombraron una comision municipal, compuesta de cinco miembros: MM. Casimiro Perier, Lafitte de Lobau, de Schonen y Andry de Puyraveau. Mr. Odilon Barrot fue elegido secretario de esta comision, que se instaló en el Hôtel de Ville, como Mr. de Lafayette. Todo esto existió confundido con el gobierno provisional de Mr. Dubourg. Mr. Mauguin, enviado cerca de la *comision*, permaneció con ella. El amigo de Washington hizo quitar la bandera negra enarbolada sobre el Hôtel de Ville por orden de M. Dubourg.

A las ocho y media de la noche llegaron de Saint-Cloud Mr. de Semonville, Mr. de Argout y Mr. de Vitrolles. Al instante que supieron en Saint-Cloud la retirada de los antiguos ministros y el nombramiento de Mr. de Mortemart para la presidencia del consejo, se habian puesto en camino para París. A su llegada se presentaron á la comision municipal en calidad de mandatarios del rey. Mr. Mauguin preguntó al guardasellos si tenia poderes escritos, y este respondió que *no habia pensado en ello*. En su consecuencia terminó aquí su negociacion.

Sabedora la reunion Laffitte de lo ocurrido en Saint-Cloud, Mr. Laffitte firmó un salvo-conducto para Mr. Mortemart, añadiéndole que los diputados reunidos en su casa le esperarían hasta la una. Pero no habiendo llegado á esta hora el noble duque, los diputados se retiraron.

Mr. Laffitte se quedó solo con Mr. Thiers, y ambos se ocuparon entonces del duque de Orleans y de las proclamas que debían publicar. Cincuenta años de revoluciones habían dado á los hombres prácticos una gran facilidad para reorganizar toda clase de gobiernos, y á los hombres teóricos el hábito de recomponer las cartas y preparar las máquinas y las palancas con que se levanta y se derriba á los gobiernos.

ESCRIBO AL REY Á SAINT-CLOUD.—SU RESPUESTA VERBAL  
—CORPORACIONES ARISTOCRÁTICAS.—SAQUEO DE LA  
CASA DE MISIONEROS, CALLE DEL INFIERNO.

La jornada del 29, al día siguiente de mi vuelta, no estuvo para mí exenta de ocupaciones. Mi plan estaba fijado. Deseaba obrar; pero no quería hacerlo sino en virtud de una orden autógrafa del rey, en que me confiriese los poderes necesarios para hablar á las autoridades del momento; porque mezclarme en todo y no hacer nada, no me convenía de ninguna manera. Yo había juzgado de todo con exactitud; testigo la afrenta sufrida por MM. de Argout, Semonville y Vitrolles.

Escribí, pues, á Carlos X á Saint-Cloud. Mr. de Givré se encargó de llevar mi carta. En ella rogaba al rey que me manifestase cuál era su voluntad; pero Mr. de Givré volvió con las manos vacías. Había entregado mi carta al conde de Duras, quien la había pasado al rey. S. M. me respondía verbalmente que había nombrado á Mr. de Mortemart su primer ministro, y me invitaba á entenderme con él. Pero ¿dónde hallar al noble duque? En vano le busqué el 29 por la noche.

Rechazado por Carlos X, mi pensamiento se dirigió hácia la cámara de los Pares, la cual podía, en su calidad de tribunal supremo, avocar el proceso y dirimir la contienda. Si no se creía segura en París podía ir á cierta distancia, á la corte misma del rey, y pronunciar allí un gran arbitraje. Ella tenía probabilidades de triunfo, porque siempre las tiene el valor. Y sobre todo, aun sucumbiendo, habría sucumbido en una derrota útil á los principios. Pero ¿habría yo hallado en esta cámara veinte hombres dispuestos á sacrificarse en favor del rey? De estos veinte hombres, ¿habría habido cuatro que se hallasen de acuerdo conmigo sobre las libertades públicas?

Las asambleas aristocráticas reinan gloriosamente cuando son soberanas y se hallan investidas exclusivamente del poder de hecho y de derecho. Entonces ofrecen las mayores garantías. Pero en los gobiernos mixtos pierden su valor y aparecen miserables en las grandes crisis. Débiles contra el rey, no impiden el despotismo; débiles contra el pueblo, no evitan la anarquía. En las conmociones populares no rescatan su existencia sino al precio de su perjurio ó de su esclavitud. ¿Salvó á Carlos I la cámara de los Lores? ¿Salvó á Ricardo Cromwell, á quien había prestado juramento? ¿Salvó á Jacobo? ¿Salvará hoy á los príncipes de Hannover? ¿Se salvará ella misma? Estos imaginarios contrapesos aristocráticos no sirven mas que para estorbar en la balanza, y tarde ó temprano serán arrojados del platillo. Una aristocracia antigua y opulenta, con el hábito de los negocios, no tiene mas que un medio de retener el poder cuando se le escapa de las manos. Este medio es pasar del Capitolio al Forum y colocarse á la cabeza del nuevo movimiento, á menos que no se crea bastante fuerte para arriesgar la guerra civil.

Durante el mensaje de Mr. Givré estuve bastante ocupado en la defensa de mi cuartel. Los habitantes de las afueras de París y los canteros de Montrouge afluyen á él por la barrera del Infierno. Los últimos se parecían á los canteros de Montmartre, que tan gran susto causaron á la señorita de Mornay cuando huía de las matanzas de San Bartolomé. Al pasar por delante de la comunidad de misioneros, situada en mi calle, penetraron en ella. Unos veinte sacerdotes que había allí se vieron obligados á salvarse por medio de la fuga, y la comida de estos religiosos fue saqueada filosóficamente, y sus camas y sus libros quemados en las calles. No se ha dicho nada de este miserable incidente. Yo di hospitalidad á siete ú ocho fugitivos, los cuales permanecieron ocultos en mi casa durante muchos días. Al fin obtuve pasaportes para ellos por medio de mi vecino, monsieur Arago, y fueron á otra parte á predicar la palabra de Dios. La fuga de los santos ha sido muchas veces útil á los pueblos: *utilis pupulis fuga sanctorum.*

CÁMARA DE LOS DIPUTADOS.—MR. DE MORTEMART.

La comisión municipal del Hôtel de Ville nombró al barón Luis comisario provisional de Hacienda; á Mr. Baude del Interior; á Mr. Merilhou de Justicia; á Mr. Chardel de Correos; á Mr. Marchal de Telégrafos; á Mr. de Bavoux de Policía, y á Mr. de Laborde para la prefectura del Sena. Así el gobierno provisional voluntario se halló destruido en realidad por la promoción de Mr. de Baude, que se había creado á sí mismo miembro de este gobierno. Las tiendas se volvieron á abrir, y los servicios públicos prosiguieron su curso.

En la reunion de Mr. de Laffitte se había decidido que los diputados se reunieran al medio día en el palacio de la Cámara. En efecto, se reunieron allí en número de treinta ó treinta y cinco, presididos por Mr. de Laffitte. Mr. Berard anunció que había encontrado á MM. de Argout, de Forbins, Janson y de Mortemart, que se dirigían á casa de Mr. de Laffitte, creyendo hallar allí á los diputados, y que los había invitado á acompañarle á la Cámara, pero que el duque de Mortemart, rendido de fatiga, se había retirado para ir á ver á Mr. de Semonville. Según Mr. Berard, Mr. de Mortemart había dicho que tenía carta blanca y que el rey consentía en todo.

En efecto, Mortemart era portador de cinco ordenanzas del rey; pero en vez de comunicarlas desde luego á los diputados, su cansancio le obligó á volverse al Luxemburgo. A medio día envié las ordenanzas á Mr. Sauve, quien le autorizó que no podía publicarlas en *El Monitor* sin autorización de la cámara de Diputados ó de la comisión Municipal.

Las explicaciones de Mr. Berard promovieron una discusión acerca de si se recibiría ó no á Mr. de Mortemart. El general Sebastiani estuvo por la afirmativa; Mr. Mauguin declaró que si Mr. de Mortemart estuviese presente, pediría que fuese oído; pero que los sucesos apremiaban, y que no se podía quedar pendiente de la voluntad de aquel.

En su consecuencia se nombraron cinco comisionados; dos para ir á conferenciar con los pares: estos nombramientos recayeron en MM. Agustin Perier, Sebastiani, Guizot, Benjamin Delessert é Hide de Neuville.

Pero poco despues se presentó el conde de Sussy en la cámara Electiva, encargado por Mr. de Mortemart de presentar las ordenanzas á los diputados. Dirigiéndose aquel á la asamblea, la dijo: «En ausencia del canceller, algunos pares se habían reunido en mi casa; el duque de Mortemart se ha dirigido á ella y nos ha entregado la adjunta para Mr. de Gerad ó Mr. Casimiro Perier. Permitidme que os comuniqué

su contenido, que es el siguiente: «Señor, en vano os he buscado desde mi llegada de Saint-Cloud. Tened la bondad de decirme donde podré veros. Entre tanto servios dar conocimiento á los diputados de las ordenanzas de que soy portador desde ayer.»

El duque de Mortemart había partido por la noche de Saint-Cloud, y hacia doce ó quince horas que tenía las ordenanzas en su bolsillo desde el día antes, según su expresión, y no había podido encontrar ni al general Gerad ni á Mr. Casimiro Perier. ¿Qué poca suerte la de Mr. Mortemart! Mr. Berard hizo la observación siguiente sobre la carta comunicada:

«No puedo menos, dijo, de hacer notar una falta de franqueza: Mr. de Mortemart, á quien he encontrado cuando se dirigía á casa de Mr. de Laffitte, me ha dicho formalmente que vendría aquí.»

En seguida se leyeron las cinco ordenanzas. La primera retiraba las ordenanzas del 25 de julio; la segunda convocaba á las cámaras para el 3 de agosto; la tercera nombraba á Mr. de Mortemart ministro de Negocios Extranjeros y presidente del consejo; la cuarta llamada al general Gerad al ministerio de la Guerra, y la quinta á Mr. Casimiro Perier al ministerio de Hacienda. Cuando hallé, en fin, á Mr. de Mortemart en casa del guarda-sellos, me aseguró que se había visto obligado á permanecer en casa de Mr. de Semonville, porque habiendo vuelto á pié de Saint-Cloud, se había visto forzado á dar un rodeo y á penetrar en el bosque de Bolon por un portillo, desollándole un talon el calzado. Es sensible que antes de presentar las actas del trono no intentase Mr. de Mortemart ver á los hombres influyentes é inclinados á favor de la causa real. Viendo ellas de pronto á sorprender á los diputados, nadie se atrevió á declararse, Benjamin Constant dió esta terrible respuesta.—«Ya sabemos lo que nos dirá la cámara de los Pares: aceptará pura y simplemente la revocación de las ordenanzas. Por lo que á mí hace, no me pronuncio decididamente en la cuestion dinástica; solo diré que sería muy cómodo para un rey hacer ametrallar á su pueblo, y quedar á cubierto con decir en seguida:—No hay nada hecho.»

Benjamin Constant, que no se pronunciaba positivamente sobre la cuestion dinástica, ¿habría terminado su frase del mismo modo si se le hubiesen hecho oír antes palabras favorables á sus talentos y á su justa ambición? Compadezco sinceramente á un hombre de valor y de honor como Mr. de Mortemart, cuando pienso que la monarquía legítima ha sido quizá destruida porque el ministro encargado de los poderes del rey no pudo encontrar en París á dos diputados y porque fatigado de andar tres leguas á pié, se desolló un talon. Las ordenanzas de su antiguo señor se han convertido para Mr. de Mortemart en otro decreto nombrándole embajador en San-Petersburgo. ¡Ah! ¿Cómo he reusado yo ser ministro de Negocios Extranjeros de Luis Felipe ó volver á desempeñar *mi muy amada* embajada de Roma? Pero ¡ay, *mi muy amada*! ¿Qué hubiera yo hecho en las orillas del Tiber? Yo hubiera creído siempre que su corriente me miraba avergonzada.

CORRERÍA POR PARÍS.—EL GENERAL DUBOURG.—CEREMONIA FÚNEBRE BAJO LAS COLUMNAS DEL LOUVRE.—EL PUEBLO ME HACE IR Á LA CÁMARA.

El 30 por la mañana, habiendo recibido un billete de invitación para la reunion de los pares en el Luxemburgo quise saber algunas noticias antes de asistir á ella. Salí pues de mi casa, y bajé por la calle del Infierno, la plaza de San Miguel y la calle Delfina. Había aun alguna emoción en torno de las barricadas abrechadas. Yo comparaba lo que veía al gran movimiento de 1789, y lo de hoy me parecía

orden y silencio: el cambio de costumbres era visible.

La estatua de Enrique IV en el Puente-Nuevo, tenía en la mano, como si fuera un pendon de la Liga, una bandera tricolor. Algunos hombres del pueblo decían mirando al rey de bronce:—«Tú no hubieras hecho esta necedad, viejo mío.» Sobre el muelle de la Escuela se hallaban reunidos grupos bastante numerosos. Entre ellos distinguí de lejos á un general, acompañado de dos ayudantes de campo todos á caballo, y me dirigí hácia este lado. Al atravesar la multitud mis ojos se dirigían hácia el general: llevada banda tricolor por encima de su uniforme, y sombrero de picos con una punta hácia atrás y la otra hácia adelante. A su vez me distingue el general; y exclama:—«¡Hola, vizconde! Y con gran sorpresa reconozco al coronel ó capitán Dubourg, mi compañero de Gante, el que á nuestra vuelta á París iba á tomar posesion en nombre del rey Luis XVIII de las ciudades que no abrian sus puertas, y nos traía, como he contado ya, la mitad de un carnero para comérselo en una aldea en Arnouville. Los diarios habían presentado á este oficial como un austero soldado republicano que no había querido servir bajo la tiranía imperial, sin embargo de ser tan pobre que se vió obligado á comprar en una prendería un uniforme raído de larga fecha. Al oírle hablar, me pude menos de exclamar:—«¡Eh! ¿Sois vos! ¿Cómo?...» Y Dubourg me tiende los brazos, me echa las manos sobre los hombros, y haciéndose círculo:—«Mi amigo, me dice en alta voz el gefe militar del gobierno provisional señalándome al Louvre, había allí dentro mil y doscientos hombres; les hemos flanqueado las almenas por detrás, y han echado á correr y mas correr, y todavía están corriendo.» Los ayudantes de campo de Mr. Dubourg sueltan grandes carcajadas; la turba les hace el acompañamiento, y el general pica á su caballo y parte seguido de sus ayudantes y de la multitud.

Arrebatado así soberbiamente, me abandonó el Diomedes del Hôtel de Ville, hombre valiente y de talento por lo demás. He visto hombres que tomando por lo serio todas las escenas de 1830, se avergonzaban al oír esta narracion, porque burlaba un poco su heroica credulidad. Yo mismo estaba avergonzado viendo el lado cómico de las revoluciones mas graves, y de qué manera se puede burlar la buena fe del pueblo.

Mr. Luis Blanc, en el primer volumen de su excelente *Historia de los diez años*, publicada despues de lo que acabo de escribir, confirma mi narracion. «Un hombre, dice, de mediana estatura, de rostro enérgico, con uniforme de general y seguido de un gran número de hombres armados, atravesaba el mercado de los Inocentes. En casa de Mr. Evaristo Dumoulin, redactor de *El Constitucional*, era donde este hombre se había provisto del uniforme, comprado en una prendería, y de las charreteras, que le fueron proporcionadas por el actor Perlet, procedentes del guarda-ropa de la ópera cómica.—«¿Qué general es ese? preguntaban por todas partes.» Y cuando los que le rodeaban respondían:—«Es el general Dubourg;—¡Viva el general Dubourg!» gritaba al pueblo, que jamás había oído este nombre (1).

A algunos pasos de allí me esperaba otro espectá-

(1) El 9 de enero de este año de 1841 he recibido una carta de Mr. Dubourg, en que se leen estas frases: «¿Cuánto he deseado veros despues de nuestro encuentro en el muelle del Louvre! ¿Cuántas veces he deseado depositar en vuestro pecho los pesares que desgarraban mi alma! ¿Qué desgraciado es el que ama con pasión á su país, su honor, su gloria, cuando vive en tal época! ¿No tenía yo razon en 1850 para no querer someterme á lo que se hacía? Yo veía distintamente el porvenir odioso que se preparaba á la Francia; yo explicaba cómo solo podían resultar males de